ΣΟΦΊΑ

Revista Teosófica

Satyat nâsti pâro dharmah.

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

LOS MAESTROS Y LA S. T.

(**Alocución del Presidente de la S. T. en la convención de la Sección Americana, celebrada en Septiembre de 1907.**)

HERMANOS:

Nos hallamos en una fase importante de la historia de la S. T., que señala para ella el comienzo de un nuevo ciclo de vida. En 1891, H. P. B., el discípulo escogido por los Hermanos de la Logia Blanca para emprender una misión mundial y comunicar á la humanidad un nuevo impulso espiritual, abandonó esta tierra. Fué para nosotros una gran pérdida; pero nos quedó su colega y fiel colaborador, fundador con ella de la S. T., discípulo también del mismo Maestro y hombre escogido por Él para ser el Presidente vitalicio de la Sociedad, vuestro compatriota H. S. Olcott. Mientras estuvo entre nosotros, personificó la tradición de la Sociedad, y tuvo desde su nacimiento la vigilancia y el cuidado de dirigir su desarrollo. La Sociedad se acrecentó alrededor suyo, y él quedó siendo el centro, aunque su colega le dejó sólo.

Hace poco también nos ha abandonado él. El primer ciclo de la S. T. se ha cerrado. Desde 1875 á 1907 ha vivido bajo la presidencia de un hombre directamente nombrado por los Maestros, los verdaderos fundadores de la Sociedad. Esta ha pasado,

durante ese tiempo, por muchísimas vicisitudes; muchos miembros, débiles ante los ataques lanzados contra H. P. B. por los misioneros cristianos de Madras por medio de los Coulomb, se retiraron, y la Sección Americana se separó de raíz por la excisión de W. Q. Judge, su Secretario general, al que siguieron la mayoría de los miembros americanos.

Recordemos, con reconocimiento, la fidelidad de Mr. Fullerton y de Mad. Buffington Davis, que pasaron la tempestad sin dejarse amilanar por ella, como muchos miembros de la Sección Americana. A esas dos grandes catástrofes se añadieron para el coronel Olcott otras dificultades secundarias. Su situación en el cuartel general de la Sociedad llegó á ser, en cierto momento, tan intolerable, que sólo la enérgica intervención de H. P. B. le impidieron que dimitiese. Sufrió oposiciones tan mezquinas, y tales acusaciones de tiranía y de abuso de poder, que tomó el mismo con disgusto. Sólo la disolución del Comité de investigación le permitió continuar en la presidencia, y la Sociedad, aleccionada por la experiencia, le devolvió, sin condiciones, sus destinos.

A pesar de semejantes dificultades, la Sociedad no cesó de acrecentar su número y su influencia, y jamás, como en el momento en que el coronel Olcott debió por un tiempo abandonar el mundo, llegó á un grado tan alto.

Detengámosnos un instante y consideremos el carácter de la S. T., tal como está expuesto en nuestros documentos impresos y manuscritos. La organización abarcaba tres secciones: la primera estaba formada por los mismos «Hermanos Mayores», fundadores, guardianes y protectores de nuestra Sociedad. La segunda comprendía sus discípulos, así como las personas aceptadas como chelas por H. P. B. y sus alumnos directamente instruídos por ella. Y la tercera sección, todos los miembros ordinarios de la Sociedad formando el cuerpo exotérico.

Encontramos en el origen, en los estatutos, la constitución en tres secciones, comprendiendo cada una tres grados. El miembro tenía que llenar, á medida que se alejaba de los grados exteriores, condiciones cada vez más rigurosas. El reglamento de la S. T., tal como quedó después de la revisión del 17 de Febrero de 1881 en Bombay, dice de esas secciones: «Es inútil que la manera de administrar las dos secciones superiores se exponga ahora en un reglamento público. Para las personas

que no deseen ser sino simples miembros, las responsabilidades que aparejan los grados superiores no existen.»

Durante los siete primeros años de la Sociedad, sus verdaderos fundadores, los Maestros, la han hablado con frecuencia. Uno de ellos declara que, antes de la fundación de la S. T., escogieron á H. S. Olcott para dirigir el movimiento entonces en preparación, y le asociaron á H. P. B., que enviaron á América para su encuentro, aceptando ambos la tarea que se les confiaba. Llama á la Sociedad «nuestra nave teosófica», y de sí mismo dice que tiene «autoridad á bordo». Expresa el temor de que los Maestros no deben desaparecer por algún tiempo, salvo para una minoría fiel (los sucesos han probado que este temor era fundado), pero que más tarde, un nuevo esfuerzo se intentaría para ayudar á la Sociedad. Igualmente vemos que el segundo de los Maestros que siguen de cerca el movimiento de la Sociedad, no pone en duda sus intenciones para guiarla. En una carta citada en *The Path*, tomo VII, pág. 334, ha dicho: «La S. T. ha sido escogida para servir de piedra angular y de fundamento á la futura Religión de la Humanidad... Se espera que nosotros, humildes discípulos de los Lamas perfectos, no permitiremos á la S. T. despojar de su título más noble, el de Fraternidad Humana, para convertirla en una simple escuela de filosofía. Como ya he dicho, nuestra Sociedad no es una sencilla escuela destinada al estudio intelectual del ocultismo». Llama á H. P. B. y al coronel Olcott «nuestros representantes actuales». «Vamos á ocuparnos—dice—de cuestiones más importantes que la supervivencia de pequeñas Sociedades. Sin embargo, la S. T. no debe ser descuidada.»

H. P. B. manifiesta que esta manera de considerar la Sociedad fué siempre su norma de conducta. En *The Path*, de Diciembre de 1888, habla así de la Sociedad, «formada conforme á su deseo, y colocada según sus órdenes».

En el *Theosophist*, volumen III, pág. 243, escribe: «Nuestra Sociedad ha sido fundada según las indicaciones directas de los Adeptos hindos y tibetanos, y al venir á este país (la India), no hemos hecho sino ajustarnos á sus deseos.»

Contestando á su amiga la condesa de Wachtmeister, en 1851, le decía que su Maestro le había hecho saber que la había escogido para dirigir una Sociedad. Y en 1873 escribía que había sido enviada de Rusia á París, y en Junio del mismo año

á América. En Octubre de 1874 recibió orden de ir á Chittenden, y allí encontró al coronel, corroborando así lo que el Maestro le había escrito de su propia mano.

En 1886 informó por carta de estos hechos al Dr. Hartmann.

En una carta fechada en 6 de Diciembre de 1887, habla de la «Sociedad creada por los Maestros, *nuestros* Mahatmas», y dice en la misma: «El Maestro me envió á los Estados Unidos, á fin de ver lo que tenía que hacer para poner fin á la necromancia y á la magia negra, practicada por los espiritistas. Fuí dirigida á V. (escribe á Olcott) para cambiar ideas, y así lo hice. La Sociedad se ha formado, pues, gradualmente, unida á *la más antigua de las escuelas de filosofía oculta existente en el mundo,* y se ha encargado de dar algunas noticias de su Doctrina Secreta. Para formar precisamente tal escuela es para lo que se manifestó Gotama últimamente. Semejantes enseñanzas no podían hacerse de repente, sino de un modo gradual.»

El 27 de Junio de 1884, en una carta fechada en Elberfeld, dice también: «Habiendo contribuído á la fundación de nuestra S. T., constituída según el deseo de *nuestros* Maestros...».

Desde luego no duda en reivindicar con energía su cualidad de sierva de los Maestros, y pide ser reconocida como tal. Cuando, después de las acusaciones de la Coulomb, los jefes de la S. T. no la apoyaron en la medida que debieron hacerlo, les habló del peligro que corrían de ver á los Maestros abandonar por completo á la S. T. porque «no admiten la ingratitud». Ella añadía que su deseo de rehabilitación no lo sostenía «por orgullo egoísta, sino por ser su enviada. Cualesquiera que sean mis faltas, yo soy su agente, é insultándome como tal la Sociedad, les insulta á Ellos». Y luego: «Estoy pronta á desaparecer, Olcott. Solamente, amigo mío, recordad lo que os digo: que conmigo desaparecerán los Maestros.» Así escribía al coronel Olcott en 11 de Abril de 1885.

Los Grandes Hermanos se descontentaron por la actitud tomada respecto de H. P. B. Si algunos miembros permanecieron fieles, la mayoría no osó mantener abiertamente el estandarte del ocultismo. En el acta de una conversación entre su Maestro y H. P. B., se le atribuyen las siguientes palabras: «La Sociedad se ha sustraído á nuestra dirección y á nuestra influencia; la dejamos hacer; no queremos esclavizar á nadie... Ahora es un hueco sin alma, una máquina que hasta ahora ha funcio-

nado bien, pero que caerá en pedazos el día en que... De los tres objetos no se tiene en cuenta sino el segundo; no es, ni una fraternidad, ni una reunión de hombres sobre la que se cierne el Espíritu que reina más allá de los Grandes Montes.»

La primera sección cesó, y los grandes Maestros cesaron ya de dirigir la Sociedad exotérica. La segunda sección cesó también como grado de la Sociedad, aunque H. P. B. continúe instruyendo alguno de sus miembros. A fin de 1888, la fidelidad testimoniada por muchos de los miembros hacia H. P. B., justificó un nuevo esfuerzo para ser auxiliada, y la sección esotérica se constituyó por una orden ejecutiva, datada en Octubre de 1888, pero sin unirla oficialmente á la sociedad exotérica. El coronel Olcott declaró que dió á conocer esta orden para obedecer á una carta recibida por él de su Maestro en pleno Océano. La orden apareció en *Lucifer*, en 15 de Octubre de 1888, con la siguiente advertencia: «Un gran número de miembros de la Sociedad, sintiendo la necesidad de formar un grupo de estudiantes esotéricos, cuya organización fuera parecida á la del *principio*, organización debida á los *verdaderos* fundadores de la Sociedad, obtiene la siguiente orden, que ha sido dada por el Presidente fundador.»

No tengo necesidad de decir que en esa época todo el mundo estaba de acuerdo respecto á los verdaderos Fundadores de la S. T.; viviendo H. P. B. y el coronel, nadie puso en duda el origen de la Sociedad. Esta manera de ver fué resumida en 1892, en una comunicación suscripta por W. Q. Judge y por mí, y dirigida al círculo interior de la Sociedad. He aquí un extracto, y se verá la opinión tradicional hoy rechazada por algunos miembros de la S. T.

«Fundada por orden de los Maestros, recibiendo de Ellos su verdadera vida, no es comparable como Sociedad á ninguna organización del mundo. Como ha dicho H. P. B., cada miembro de la Sociedad se une á los Maestros por un hilo sutil de *relación* magnética, y cada uno puede, gracias á ese hilo, aproximarse á Ellos, ó bien dejarle que flote inútil, expuesto á todos los choques y á que se destruya finalmente. Todos los que entre vosotros han podido leer los mensajes dirigidos á los miembros más antiguos de la S. T., saben cuán real es ese lazo, y qué carácter tan serio se atribuye á la cualidad de miembro. La falta de valor y de fidelidad, el desconocimiento de la autoridad de

los Maestros, la falta de adhesión, debilitaron el ideal en el primer momento, si bien de una manera general la S. T. pudo volver á tomar la mano de los Maestros. H. P. B. se sacrificó por la Sociedad y la salvó de una ruína completa. En fin, se decidió á hacer un llamamiento abiertamente á un grupo que había existido siempre en el seno de la S. T., á fin de que metódicamente organizado, pudiese por su influencia volver la Sociedad á sus principios y asegurar su redención.»

Cómo no ver sin un profundo disgusto á Mr. Sinnett, el último Vicepresidente, á quien la Sociedad debe tanto por haber recibido las enseñanzas de los Maestros, transmitidas por H. P. B., engañado por perniciosas influencias, tomar resueltamente el partido de repudiar esta manera de comprender la Sociedad, pese á los documentos que son su base, tratando de reducirla á un movimiento fortuíto, organizado sin autoridad y la dirección de los Maestros, por la sola iniciativa de H. P. B. y de H. S. O., Mr. Sinnett debía, inevitablemente, llegar á eso, no admitir que los dos Maestros, los verdaderos fundadores de la Sociedad, se aparecieran en su lecho de muerte á su fiel servidor el coronel Olcott, cumpliendo así su promesa hecha en 1882 de que se haría un nuevo esfuerzo para ayudar á la Sociedad.

Para todos los que han estudiado la historia de la S. T., nada más natural y nada menos inesperado que la bendita manifestación á la hora señalada para la Sociedad, en el comienzo de un nuevo ciclo, por los mismos séres que habían presidido su nacimiento. Abandonar á su servidor moribundo, no ayudar á la Sociedad á pasar de la fase primitiva á la nueva fase. Abstenerse—los que nombraron al primer Presidente—de expresar una opinión que pudiera ayudar á la Sociedad para ejercer por primera vez, en la nueva elección presidencial, la libertad de su elección, dejar á la S. T. abordar su segundo ciclo de vida sin su bendición, he ahí lo que hubiera sido ilógico é increíble. Extraño ejemplo de la rapidez con que pueden perder una fe viva aquellos que la profesan; las mismas personas que habían aceptado los fenómenos de H. P. B. y las primeras apariciones de los Maestros en New-York, Bombay, Simla, Adyar y otros sitios sobre el único testimonio del coronel Olcott, rechazan algunos años más tarde ese mismo testimonio, corroborado, sin embargo, por las afirmaciones de tres personas más; pues eso

es un hecho. La libertad de opinión fijada en nuestros estatutos permite desde luego no aceptar ninguna manifestación hiperfísica que, sin embargo, han servido de base á la Sociedad, probando la existencia de las leyes que no ha cesado de proclamar.

La S. T. se encuentra en presencia de un problema serio que los sucesos recientes obligan á resolver. La Sociedad, se ha dicho, no tiene un código moral. La afirmación de este principio constituyó uno de los grandes cargos que determinaron la expulsión de Mr. Jinarajadasa. Luego ha sido afirmado por mí, después por Mr. Mead, Mr. Fullerton, y ahora es, en general, aceptada pura y sencillamente como un hecho. Pero la cuestión ¿la Sociedad debe tener un código moral? exige una respuesta inmediata. No es sino sobre este punto donde hay en la Sociedad dos campos, en el que uno piensa que el vicio impide y que la virtud activa el advenimiento de una fraternidad universal, y en el que otro acepta ó no ese axioma. Todos estamos de acuerdo y deseamos vivamente elevar el nivel moral de la Sociedad, ofreciéndola al mundo como un excelente modelo. Nadie mira la moralidad con indiferencia, ni se contenta con principios dudosos. Todos reconocemos la extrema importancia de la moralidad, que la Sociedad no puede existir si es incapaz de conducir sus miembros á una vida irreprochable, y que toda mala acción cometida en nuestras filas envenena las fuentes mismas de nuestro sér. Nuestras opiniones difieren sólo en un punto: «¿Nuestro ideal moral, debe asegurarse por disposiciones penales? sí ó no.» Algunos de nosotros piden no un código moral, sino un código penal. Y el método habitual en este mundo es imponer la moralidad por temor al castigo, y como ese castigo no puede pronunciarse sino contra las infracciones más flagrantes cometidas contra la ley moral, el legislador está obligado á contenerse en un nivel moral muy inferior, dejando impunes ciertos actos inmorales extremadamente perniciosos. Ningún hombre virtuoso encuentra su moralidad suficiente si no es superior á la medida alcanzada por el código penal del país que habita.

La mayoría de las religiones tienen un código moral, algunos ordenamientos, como los diez mandamientos del judaismo, ó los cinco preceptos del buddhismo. Pero á mi saber, ninguna de esas grandes religiones posee un código penal cuya sanción sea la expulsión. Por lo contrario, miran como su primer deber

no expulsar á los pecadores, y procuran traerlos nuevamente al bien. Algunas religiones pronuncian la exclusión ó la excomunión. Respecto á ciertas ceremonias, no es probable que la S. T. desee imitar esos ejemplos. Las religiones dejan al brazo secular el cuidado de castigar, tratando menos de expulsar que de reformar y purificar. ¿La S. T. se rebajará hasta el nivel moral común de las diferentes Iglesias? ¿Proclamará la necesidad de proveerse de un código criminal?

Formando el núcleo de una fraternidad universal, no debemos de omitir de tratar fraternalmente al criminal, guardándonos de expulsarle, gritando «¡fuera de aquí, nosotros somos más santos que tú!» Deberíamos, por nuestra conducta irreprochable, crear en la Sociedad un tal ambiente de pureza moral que imposibilitara á los más abyectos de permanecer en él. En los animales, el enfermo es atacado, se le mata ó se le persigue por miedo á que el contagio se apodere del rebaño. Entre los salvajes, los enfermos son expulsados de la tribu, ó se les deja morir solos. En las naciones cultas, se les cuida con solicitud y se les vuelve la salud perdida. ¿Debemos tratar á nuestros miembros, atacados de enfermedades morales, como tratan á los enfermos las bestias y los salvajes, ó como los pueblos cultos? ¿Es mirar el mal con indiferencia si no se le vence con nuestros cuidados?

Establecer entre nosotros un código penal sería la negación de la fraternidad y la afirmación de la herejía, de la separatividad, esa separatividad que nos esforzamos todos en destruir. Para la espiritualidad no hay separatividad; ella proclama la unidad de todos. Seremos tanto más espirituales cuanto más nos sintamos con los demás, así santos como pecadores.

Todos aspiramos á sentir nuestra unidad con los Dioses, con los Cristos y con los Santos, pues no hay una unidad incompleta. Sólo están con los séres superiores aquellos que son uno también con los más degradados. Un espíritu único reina en cada uno de nosotros, y así los pecados de nuestro hermano son nuestros pecados, y su venganza nuestra venganza. Nuestros Hermanos Mayores, los Maestros de Compasión, descienden hasta nosotros, los más jóvenes, para ayudarnos á subir. ¿Con qué expresión de dolorosa tristeza no deben mirarnos cuando tomando febrilmente sus manos para subir más de prisa empujamos con el pie á los que son más jóvenes que nosotros?

¿No nos dirán, si caemos en el obstáculo colocado á nuestro paso «aunque habéis expulsado á los demás, vosotros no nos habéis expulsado»? El hombre espiritual no ve en su pureza un bien que le sea propio; él es para sí mismo un medio de purificar á los dos hombres, y todos, porque es puro, ganan con su pureza, pues para los hombres que no son espirituales, la pureza personal viene á ser una fuerza disolvente. De ellos es de quien se ha dicho: «Los recaudadores y los pecadores entran antes que ellos en el reino de los cielos.» En virtud de la justicia de la Gran Ley, el que excluye á su hermano se excluye á sí mismo hasta el día en que la no separación sea desconocida.

Hay en la S. T., como en el mundo exterior, una tendencia á restringir el sentido de la palabra «moralidad», hasta el punto de que sirva para designar exclusivamente la virtud sexual. Decir que un hombre es inmoral, equivale á decir que sus costumbres son disolutas. La moralidad parece que no tiene nada que ver con la mendicidad, la calumnia y el falso testimonio, con la imputación de malas acciones y la persecución. Todos esos crímenes se cometen como inocentemente por muchas personas que se consideran morales. Pero éstos son pecados mortales cometidos contra la ley del amor, y que retrasan más el advenimiento de la fraternidad universal que las faltas cometidas por los recaudadores y pecadores de nuestro tiempo. Sobre estos problemas, los Iniciados han estado siempre en desacuerdo con el siglo, porque el pecado mental es más pernicioso y arrastra más terribles consecuencias que los pecados del cuerpo. Las convenciones morales de los tiempos siempre han sido observadas rígidamente por los fariseos, y éstos no han merecido con frecuencia sino el severo dictado de sepulcros blanqueados, llenos de toda impureza que les dieron los Iniciados. No es menos cierto que hoy, como en los tiempos del Cristo, los hombres pagan sus impuestos, pero se olvidan de los deberes impuestos por la ley: la justicia, la compasión, la verdad.

Nuestro Presidente-Fundador hubo de aprender que no debía juzgar los problemas de moral como los juzga el mundo. El año anterior á la convención os decía en qué términos fué reprendido por su instructor, por haber desconocido los méritos espirituales de un hombre intemperante. No es que la embriaguez sea moral; pero esa falta física aislada puede pesar menos en la balanza que otros méritos de orden hiperfísico.

Yo contaré un caso más instructivo todavía: el de un hombre que en su sincero deseo de ayudar á sus semejantes, cometió un error de método y sufrió aquí, en los Estados Unidos, un año de prisión en virtud de la ley Cowstock. Los más antiguos de vosotros recuerdan el caso de Mr. D. M. Bennet: después de haber sufrido su pena, fué á la India, donde H. P. B. le defendió enérgicamente, con gran escándalo de algunos miembros europeos. El Presidente-Fundador tomó parte por haber dudado en admitir á Mr. Bennet en la Sociedad, por temor de que la S. T. sufriese con ello. El Maestro M. dijo á los fariseos que buscasen en la ostra informe la perla sin precio, declarando que Mr. Bennet era un hombre de un inmenso valor moral, y que los Maestros estaban satisfechos de tener por colaboradores hombres semejantes, hombres «como nuestro K. H. los quiere».

Todos los que han conocido personalmente á H. P. B., para los que fué una mujer viva y no una figura ideal, obra de su imaginación, sin semejanza con el original, saben con qué profundo menosprecio consideraba las convenciones que sirven de regla de conducta á los espíritus débiles, y con qué amplitud y tolerancia juzgaba los hombres y las cosas, desgarrando la tela de araña de las palabras para ir recta al corazón y descubrir el móvil esencial. Pasaba por muchas faltas morales cuando veía un alma llena del deseo de servir. Yo quisiera pedir esa amplia y noble tolerancia al espíritu de Iniciado que ha de reinar en nuestras deliberaciones.

Si estableciéramos un reglamento exigiendo la expulsión de las personas señaladas, caeríamos bajo el nivel de todas las grandes religiones constituídas, y más bajo aún que las simples Sociedades científicas, filosóficas y literarias, que no desdeñan en proclamar que desaprueban el crimen (afirmación innecesaria entre las gentes de honor), ó que juzgan su virtud tan frágil que creen necesario castigar con la expulsión oficial toda falta grave cometida en sus filas, por miedo á que el mundo sospeche que aprueban la inmoralidad, ó que son cómplices de ella.

Fuera de estas cuestiones de principio, se presenta una cuestión de orden. ¿Quién propondrá el código, ese código cuya sanción será la expulsión? Personalmente soy opuesta á la institución de un código penal, tanto desde el punto de vista práctico,

como desde el punto de vista de los principios. En mi artículo del mes de Enero último sobre *La base de la Sociedad Teosófica*, escrito cuando fuí advertida de mi próximo nombramiento presidencial, á fin de permitir á la Sociedad votar en mi elección, perfectamente ilustrada sobre la manera que yo consideraba la cuestión, mostré cuán difícil es formar un código penal. En muchos artículos escritos por mis adversarios, en contestación al mío, ni uno trata de formular un código práctico. Hasta aquí, la única proposición ha sido que siguiera la expulsión á toda infracción á las leyes del país habitado por el miembro culpable. Un sistema tal, á pesar de arrastrar á consecuencias absurdas, sería fácil y sencillo, aseguraría á todos un juicio imparcial; nadie podría ser expulsado sin pruebas legales y sin todas las garantías reconocidas como necesarias, después de la experiencia de los siglos, para poner al acusado al abrigo de la injusticia y de la parcialidad.

Tales disposiciones nos ligarían definitivamente á un código moral de los más elementales, y ese código, formando parte de nuestra constitución, se miraría como el de la S. T. Además, se presenta otra dificultad. Formulais un código, y por tal hecho afirmais implícitamente que otras faltas, á pesar del peligro que pueden presentar para la vida de la Sociedad, no son suficientemente graves para merecer la expulsión. Sería eso degradar nuestro sublime ideal y reemplazarle por una ley representante de la triste opinión media de la moral contemporánea. En vez de poder considerar como sobreentendida la incompatibilidad entre el desarreglo y la fraternidad, nos arriesgamos cuando decimos: «Esa manera de obrar es indigna de un teósofo», á atraernos esta respuesta: «Eso no está prohibido en nuestra Sociedad.»

Un robo cometido por un miembro de la Sociedad, provocando inmediatamente la reprobación general, sería para nuestra vida común un veneno menos dañino que el odio, la amargura, la intransigencia, que escapan á todo código moral y se propagan como un contagio fatal. Los miembros que se hiciesen culpables respecto de la fraternidad de esos pecados mortales permanecerían en la Sociedad, mientras que los criminales más ordinarios, que no pueden encontrar imitadores, serían triunfalmente expulsados.

En presencia de las dificultades múltiples presentadas para

la redacción de un código penal, ¿no es natural pedir á los que desean su adopción que digan claramente lo que quieren y no infringir la pesada tarea de definir el grado de culpabilidad que apareja la expulsión para los que son parte de ese núcleo de la Fraternidad universal?

Un momento de gran agitación no es, por otra parte, el mejor para decidir un problema que levanta tantas controversias. De todos modos sería prudente sobreseer la polémica actual hasta que la calma se restablezca y las divergencias de opinión se expresen con menos encono. Toda rama, si lo desea, puede borrar de la lista de sus miembros á la persona que juzgue nociva, y si encuentra ventaja en esa manera de proceder, puede recomendar su adopción á la sección ó á la Sociedad en general. Tendríamos así la ventaja de ver las disposiciones penales formuladas y aplicadas por sus partidarios.

En lo que me concierne, como Presidente de la S. T., afirmo de nuevo los principios expuestos por mí antes de mi elección, y me opondré invariablemente á toda tentativa de imponer á la Sociedad un código penal. Creo que es menester colocar muy alto nuestro ideal moral, y que debemos con todas nuestras fuerzas tratar de conseguirlo. Yo hago un llamamiento al principio divino que hay en cada hombre, y no al mezquino señor de las leyes coercitivas. Afirmo, con satisfacción, que el hombre más abyecto es mi hermano, como espero humildemente ser aceptada como tal por los más sublimes.

Ante nosotros, mis hermanos, se abre un magnífico campo de acción. En esta inmensa República tenéis 70 millones de séres humanos. Tenéis una luz que comunicar, una nutrición intelectual que transmitirles, esperanzas que les den valor y fuerzas que les eleven. Alrededor de vosotros, millones de hombres sucumben privados de sabiduría. ¿Rehusaréis darles el pan de vida, querellando entre vosotros sobre si debéis aceptarlos como miembros de vuestra Sociedad?

Despertad, arrojad la pesadilla que os agita, abrid los ojos á la realidad y cesad de batallar contra las sombras. En vez de luchar entre vosotros, luchad contra la ignorancia armados de saber; contra la impureza armados de castidad, y contra las tinieblas provistos de luz. Salvad á los desgraciados mostrándoles la causa de sus infortunios; consolad á los afligidos desgarrando el velo que oculta los mundos donde están los bien-

aventurados; fortificad á los débiles mostrándoles la fuerza divina que trabaja en ellos, y calmad á los revoltosos enseñándoles que son los autores de sus propias penas.

Una vaga vida espiritual va á suscitarse en vuestro país. Tended una mirada sobre el mundo: en todas partes nacen ideas, esperanzas, empresas nuevas. Son la promesa de nueva forma de vida. En el umbral suenan los pasos de la civilización que se aproxima, una civilización que se basará en la fraternidad. La S. T. es el heraldo que anuncia su advenimiento y el mensajero que trae la buena nueva de su llegada. Poneos á la altura de vuestra gran vocación, del soberbio papel que os está confiado. Cesad en vuestras querellas infantiles y poneos al trabajo, como hombres y mujeres y jóvenes que reconocen con plena conciencia que han nacido del Verbo, nuestra alma común, y que sois colaboradores cariñosos y enérgicos de los Hermanos Mayores de nuestra Raza.

Annie BESANT

Sobre las Ideas Cosmogónicas de los antiguos habitantes del Egipto.

LAS líneas que siguen me han sido sugeridas por una conferencia de Ahmed Bey Kamal, conservador adjunto del Museo de Antigüedades en El Cairo (1), en la cual expuso el orador importantes sugestiones referentes á los asuntos que son de interés para todos los teosofistas.

Hasta hoy, poco, muy poco, se ha aclarado sobre la concepción religiosa del pueblo egipcio, y aun lo hecho de una manera fraccionaria, no es asequible á la mayor parte de las gentes, más bien por la falta de claridad y método en la exposición, que por deficiencia de los datos que se poseen.

Lo que hasta hoy se ha descubierto, pone de manifiesto que, en el período dinástico, la religión sufrió grandes cambios, y

(1) *Les Idées Cosmogoniques des Anciens Habitans de l'Egypte*, por Ahmed Bey Kamal. El Caire, imprimerie nationale, 1907. Conferencia pronunciada en El Cairo en la *Société Khédiviale de Géographie*, el 9 de Febrero de 1907.

que para juzgar con éxito los monumentos que conocemos, haciendo abstracción de la letra, debemos remontarnos, á ser posible, hasta las primeras concepciones de los egipcios, ó mejor dicho, del pueblo primitivo que vivía en el valle del Nilo.

Es vulgar entre muchos eruditos el atribuir á los egipcios un grosero politeismo, y aun hay quien habla de un zooteismo aún más grosero. Esto es cierto si sólo juzgamos por las apariencias; pero no es justo tratándose de gentes que representaban un progreso y cultura asombrosa en su tiempo.

Ya antes de ahora, cuando pensé en el significado literal de la palabra *Amen*, se me alcanzó que era notable la coincidencia de designar con ella á un Dios, cuando con *Amen* se significa lo oculto. De aquí que *Amen* sea el «dios oculto» ó que luego después se llamó «ignoto», y, por tanto, cuando á *Amen* se le relaciona con *Ra* (el Sol), resulta el «Sol oculto».

Sólo con estas pequeñas indicaciones ve uno descorrerse el velo misterioso que resguardaba de nuestras miradas profanas una divinidad, ó mejor dicho, concepción religiosa de la importancia de *Amen* en la mitología egipcia. Y de aquí se desprende que muchos conceptos, que hoy tenemos por abstractos é hijos de los estudios religiosos modernos, eran conocidos de un pueblo antiguo y desaparecido. Pero oigamos á Ahmed Bey Kamal:

«Los aborígenes egipcios creían, antes de la conquista de su país por Menes y sus compañeros horianos, en un Dios Único, *Neter-Ua*, que adoraban y honraban perfectamente.» Y Paul Pierret (1), refiriéndose á esta idea, nos dice: «Un dios único y oculto se manifiesta por el sol, el cual se convierte en dios á su vez y engendra otros dioses destinados á simbolizar las fases sucesivas de su carrera. En cuanto á las diosas, no tienen más que dos objetos: personificar á la luz del astro ó el espacio en el cual nace ó desaparece. La diosa no es, desde luego, más que un aspecto particular del dios, porque ella está ataviada con las mismas insignias que él.»

Nosotros sabemos muy bien que las divinidades femeninas no representan sino un aspecto de la divinidad masculina; son su contraparte, son el elemento importante para la realización de la trinidad; y así ocurre que, considerando el dios en sí y abstracto, no se le puede atribuir sexo alguno; pero en el mo-

(1) *Essai sur la Mythologie Egyptienne*, par Paul Pierret. *Conservateur du Musée Egyptien du Louvre*, París, 1879.

mento en que se le determina como masculino, hemos realizado un desdoblamiento, y tenemos por necesidad la deidad femenina y el hijo, que no es, en último término, otra cosa que el padre.

Ahmed Bey Kamal ve las cosas como buen musulmán, y se resiste ante la idea de que los egipcios, al introducir el aparente politeismo que conocemos, crearan esas otras divinidades secundarias para expresar por separado los distintos aspectos ó atributos del Dios Único. Pero Pierret afirma que el monoteismo es «la concepción que ha dominado todo el Egipto, desde Menes hasta la conquista romana». De este modo *Ptah* es el padre del Comienzo, el supremo, el victorioso de las tinieblas del caos, que ha producido los elementos de la creación. Así *Amen*, el oculto, el invisible, es otro atributo, y en la Cosmogonía egipcia, ha sucedido á *Ptha*, ó lo que es lo mismo, *Ptha* representa á Dios como ser que precede á todos los séres; él crea las estrellas y el huevo del Sol y de la Luna; él prepara la materia; pero le sigue *Amen* que organiza todas las cosas, levanta el cielo y hunde la tierra, da movimiento á las cosas que existen en los espacios celestes y produce todos los séres, los hombres y los animales.

Horus es el sublime y *Osiris* el señor del otro mundo que juzga á los muertos, castiga á los culpables, recompensa á los devotos; en fin, es el dios que hará justicia en el juicio final.

Según el conferenciante, fueron importadas estas divinidades en Egipto, ya en parte ó ya totalmente, de la India, la China ó de la Arabia meridional. Este es otro punto á dilucidar y sobre el cual nada en concreto se puede decir en tanto que no se evidencie la procedencia del pueblo que invadió el valle del Nilo, en tiempos muy remotos.

La tierra llamada en Egipto *Tu-Neteru*, tierras divinas ó tierra de los dioses, quiere hacerse pasar por la India ó la China, de cuyos sitios recibieron su culto. Á esto añaden otros, como Brugsch, que las divinidades han sido importadas en Egipto de *Tu-neter*, *tierra divina*, llamada también *Punt*.

Los textos egipcios llaman al agua primordial *Nu*, y de ella hacen surgir todos los séres, como dice un papiro hierático (1): «Eso que han producido tus manos, lo has sacado de Nu.» La

(1) P. Pierret, *Etude Egyptol*, I, 4.

leyenda nos cuenta que el cielo y la tierra eran dos amantes perdidos en *Nu* y que permanecían estrechamente abrazados. El día de la creación, un nuevo dios, esto es, un nuevo elemento, llamado *Shu*, que quiere decir el aire, salió de las aguas eternas; se deslizó entre los dos, y cogiendo á *Nu* con sus manos lo levantó por encima de su cabeza cuanto pudo. En tanto que el busto estrellado de la diosa se alargaba en el espacio, la cabeza al Oeste y los pies al Este, surgió el cielo. Sus pies y sus manos reposaban sobre nuestro suelo.

Por fin, muchos monumentos egipcios nos enseñan que el dios *Khnum*, el Nilo de la catarata, había amasado el cieno de sus aguas en forma de huevo, y había modelado, sobre el torno de alfarero, una figura humana. La leyenda hace salir de este huevo misterioso al género humano y la naturaleza entera. Por esta razón *Khnum* es llamado generalmente el alma de los dioses, y el fabricador de los dioses y los hombres.

En la concepción religiosa de los egipcios también encontramos algo referente al castigo impuesto por dios á los ángeles rebeldes, lo cual es muy de notar, puesto que hace prever que hubiera séres cuya existencia fuera anterior á la de los hombres. Los documentos encontrados que pertenecen á las dinastías, XIX y XX, dicen que *Ra*, el elemento del fuego, tuvo que luchar en su ancianidad contra la ingratitud de los hombres. Él los ha creado é instruído; ellos conspiran contra él, y él debe congregar secretamente á los dioses en el templo de *On* (Heliópolis) para acordar el medio de defenderse. «Ved los hombres que son nacidos de mí, pronuncian palabras contra mí; decidme, pues, qué haríais en este caso, pues yo espero y no he querido matarlos antes de haberos escuchado.» Los dioses decidieron destruir la raza de culpables, y la diosa *Tafnut*, la hija del sol, es decir, el calor producido por el sol, fué encargada de ejecutar la sentencia. Ella descendió entre los hombres, los hirió y bañó sus pies en sangre durante varias noches. Recogida la sangre, y mezclada con diversas substancias, fué presentada á *Ra* en siete mil cántaros, y el dios, apaciguado por esta ofrenda, juró desde entonces ser parco con el género humano.

También Ahmed Bey Kamal apunta la idea de que el diluvio universal existía en la religión egipcia, y consultando textos, cita un diálogo tomado del *Libro de los Muertos*, en que aparece el dios *Tum* abrogándose el papel de nuestro Noé, pero para

salvarse de la inundación se transforma en un diminuto gusano de tierra.

Otro punto interesantísimo abordado por el conferenciante, es el referente á los egipcios prehistóricos. Para esto parte del punto admitido por casi todos los egiptólogos, de que el Egipto prehistórico estaba poblado, en tiempos remotos, por africanos que comprendían varios pueblos con nombres y caracteres distintos. Estos pueblos, de los cuales nos hablan los monumentos, son los Libios, los Tamahu, los Anu, etc., que aun hoy tienen representantes, tales como los Bereberes y los Kabilas que ocupan actualmente el Norte de África.

La Biblia designa al Egipto con el nombre de Cham, hijo de Noé (1); pero el nombre del antiguo Egipto es *Kem*, é identificándole con Cham, se encuentran confirmados los hechos que á continuación se exponen:

Según el *Génesis*, la familia de Cham se divide en cuatro ramas: Cush, Mizraim, Phut y Chanaan. De estos Cush y Phut pueden considerarse como poblando la Arabia meridional y la Somalia. En cuanto á Mizraim, no ha sido encontrado este nombre en Egipto, pero es un nombre que los hebreos daban á este país, tomado quizás del asirio *Musur*, de donde los árabes han hecho el *Misr*.

Chanaan es empleado en los textos geroglíficos sólo para designar el nombre especial de una localidad en Palestina.

El *Génesis* (2) refiere como hijos de Mizrain á Ludim, Anamin, Lehabim, Naphthuim, Pathrusim y Castuim. Este Lehabim es identificado por Brugsch con los Libios (los *Libu* de los egipcios). Los descendientes de los Castuim fueron los Caphtorim, que podrían identificarse con los Cretenses y los Pathrusim ó Pelistim, los habitantes de la Palestina.

Se desprende de todo esto que si bien los egipcios eran descendientes de Mizraim, también lo eran otros pueblos que, aunque próximos á él, no debían confundirse. Por esto los egipcios no emplean el nombre de Mizraim; pero para designarse á sí mismos empleaban el de *Lud*, que bien puede ser el del primer hijo de Mizraim, Ludim, ó sea el *Lud* egipcio con la marca del plural *im*. La segunda familia sucesora de Mizraim, es la de los Anamin, que corresponde á la palabra egipcia *Anmun*, empleada

(1) *Génesis*, X, 6 y *Salmos*, LXXVIII, 51 y CVI, 22.
(2) *Génesis*, X, 13.

para designar genéricamente á los hombres. La tercera familia son los Lehabim, que ya hemos dicho los identifica E. Brugsch (1) con los Libios ó los *Libu* de los egipcios. La cuarta familia son los Naphthuim que, según el conferenciante, bien pueden identificarse con la palabra egipcia *Nu-Ptah*, esto es, la villa de Ptah, ó sea Memphis, el Bajo-Egipto. La quinta familia son los Pathrusim, que corresponde, según M. de Rougé, á los *Pa-tu-res*, la Tebaida ó Said; y, por último, la sexta familia ó los Castuim, ya citados antes, como probablemente Cretenses.

Los egipcios dividen los hombres en cuatro familias: los *Cuchites,* negros; los *Amu*, amarillos; los *Tamahu*, blancos, y los *Shasu*; pero cuando en estas familias se encuentran ellos incluídos, entonces excluyen á los *Shasu* ó beduínos, y ellos se señalan como los rojos.

Por lo que precede, puede juzgarse del interés que estos pequeños apuntes pueden tener para el estudiante, como inducciones aportadas para el esclarecimiento del misterio que rodea al origen é historia de la humanidad, en tiempos remotos, y los sugestivos estudios del origen religioso de esos pueblos.

Manuel TREVIÑO Y VILLA

15 Enero 1908.

H. S. OLCOTT

ESTE mes hará un año que el Presidente Fundador de la Sociedad Teosófica se separó de nosotros corporalmente, para seguir en otro plano más elevado su progreso y evolución.

Hoy más que nunca sus enseñanzas se repiten, se comentan y se traen para mayor instrucción.

Con su muerte nos ha legado una enseñanza más, porque nos ha hecho ver que, flacos y débiles, un poco descuidados, como los ciegos de la gran parábola de Maeterlinck, no hemos puesto la debida atención algunas veces en las palabras que nos decía cuando nos sacaba para recibir un sol que por no ver no era menos reparador y espléndido.

---

(1) *Géog.* vol. II, pág. 79.



HENRY STEEL OLCOTT

Presidente Fundador de la Sociedad Teosófica.

El recuerdo del Presidente Olcott ha de vivir como una enseñanza continua, como una enseñanza perpetua, y en eso está la base positiva y exterior de su inmortalidad; pero ha de vivir más profundamente todavía para los que no le conocieron, como ya vive para muchos miembros de la Sociedad Teosófica H. P. B., cuando su enseñanza y su ejemplo sea para la gran mayoría una enseñanza pura sin representante corporal.

El coronel Olcott ha sido una de las más altas y enérgicas voluntades que se han puesto al servicio de la Sociedad, y una persona de las más aptas para la delicada misión que se le había encomendado por los que tienen más amor á los hombres.

Su desaparición no ha sido una deserción de la vida, sino el término de sus servicios. Ha cumplido su misión y ha sido llamado.

Lo que ha desaparecido de nuestra vista y de todos nuestros sentidos ha sido muy poca cosa: ha sido todo lo que no era, todo lo que renovaba constantemente en él, lo que él mismo procuraba renovar todos los días y lo que ha logrado sustraer á la adoración inevitable que sigue á la materia más duradera y sin espíritu.

Lo que no ha desaparecido es lo que vive con nosotros: sus ideas, sus enseñanzas, causa de las nuestras y de todas las futuras y posibles de cuantos hayan de sucedernos.

Ahora, lo urgente y lo piadoso, lo verdaderamente racional y lo más fraternalmente humano, es cumplir con el deber que hemos comprometido con él al recibir sus ejemplos y sus enseñanzas, no matarlas en el olvido ni guardarlas sin provecho en nuestro yo, como una reserva bancaria que sólo fuera útil al que la hiciese.

Hemos visto y oído para que vean y oigan los demás, y no somos nosotros sino canales por donde han de pasar las aguas de la Verdad para llegar al sitio que deben ir, según está dispuesto por la misma Verdad.

ARIMÍ

KARMA, ÚNICO JUEZ

No esperes jamás justicia de los hombres, pues miran siempre las cosas á través de sus propios defectos.

* * *

Á MI AMIGO B...

Tú crees, amigo, en la bondad de los hombres y, sobre todo, en la bondad de los que, como nosotros, aspiran á caminar por un sendero distinto del que caminan la mayoría de las gentes.

También creo yo en esta bondad, pero el tiempo y la experiencia me han demostrado la verdad de las palabras que oí repetir, cuando creía que tan sólo la bondad podía salvarnos.

«No basta ser bueno, es preciso ser sabio.»

Yo confundía entonces la *sabiduría* con la *intelectualidad,* pero meditando y viviendo he comprendido el sentido profundo de estas palabras.

Ser sabio no es tan sólo ser inteligente, sino que también consiste en saber emplear todos nuestros poderes y facultades, es saber ser libres. Y esta libertad es aquella que nos permite movernos independientemente de los juicios de los hombres.

Esta sabiduría y libertad no se adquiere por el estudio de las ciencias, ni de la filosofía y de la ética; estos son solamente *medios* necesarios. Pero el *poder* de aplicar los conocimientos á la vida, el *poder* de asimilarnos las lecciones del dolor y de la felicidad, la entereza de espíritu ante las circunstancias adversas, creadas por la ignorancia de todos, este poder, lo confiere tan sólo nuestro acuerdo ó adaptamiento interior á aquella Ley, que nos enseña y nos conduce á un fin estable, bello y perfecto.

«La vida misma está dotada de palabra» —dice *Luz en el Sendero*—. Esta palabra es el Verbo de la Ley, y es la más perfecta manifestación de Dios entre los hombres.

Muchas gentes, amigo mío, pierden su tiempo y su energía censurando á los demás, y esforzándose en ver defectos á sus semejantes, y cuando *creen* haber visto alguno, se complacen

en darles relieve é importancia. Esto es para ellos causa de felicidad, pues mientras tienen á quien censurar, ellos, en su interior, se entronizan como buenos y se creen perfectos. Según su modo de ver, se consideran siempre sacrificados, y se complacen en ello, pues *han leído* en algún código de moral, que la perfección se alcanza por el sacrificio.

El orgullo, se viste á veces con la máscara de la humildad.

«Aquel que dice: me han ofendido, me han denigrado, me han ultrajado, y se lamenta, es un ignorante»; dice un libro oriental.

El gran Epicteto no se lamentó jamás, pero sus actos y su entereza demuestran que supo ser *un hombre libre*. Reconoció la sabiduría de los dioses, y caminaba firme y seguro por el sendero, sin más regla que la de su propia conciencia, sin reconocer otro juez que á sus dioses.

Nosotros miramos á estos dioses como ejecutores de los designios de aquella Ley, de la cual son ellos la manifestación viviente.

Aquella libertad del gran estóico, que no se doblegaba ni ante el poder, ni ante el castigo, ni ante la censura, ni ante la adulación, ni podía ser corrompida por ninguna especulación de la humana é inferior naturaleza, es la que debemos imitar.

Nosotros aceptamos y reconocemos la Ley del Karma, sabemos que infaliblemente da á cada uno su merecido, tarde ó temprano, eso no importa; sabemos que esta ley no yerra jamás, y que ella es el único apoyo, la única garantía, la fe que sostiene al que lucha en el mundo de Maya, y la única luz que le guía en su camino.

Sabemos que tan sólo lo que es verdad es eterno, y que las ilusiones caerán una á una ante el discípulo sincero y valeroso.

¿Hemos de inquietarnos ó lamentarnos ante la ambición, la malicia y el error?

No, eso sería indigno, y malgastaría un tiempo precioso que puede emplearse en una actividad provechosa para los demás y para nosotros mismos.

Fiemos, fiemos en la Ley, fiemos en Karma, fiemos en la justicia... y adelante.

CARMEN MAYNADÉ

Barcelona 12 Enero 1908.

EL HOMBRE Y EL UNIVERSO

(IDEAS ANTIGUAS)

Cuando la inteligencia del hombre alcanza un desarrollo suficiente para comprender su propia naturaleza y la del globo en que vive, no puede menos de sentirse profundamente atraído por el grandioso espectáculo del cielo estrellado y el luminoso brillo de las estrellas, como Sirio y Vega, cuya luz es más intensa y fija que la de Venus y Júpiter; por las singulares agrupaciones de los astros en constelaciones, cuyos nombres fantásticos indican su semejanza con animales y con objetos terrestres, son apropiadísimos, y por eso fueron generalmente adoptados, juntamente con aquellas estrellas, aparentemente innúmeras, esparcidas en el firmamento que, á medida que se alejan, pierden más su esplendor. Muchas de esas estrellas son visibles, sobre todo, en las noches serenas, y para los que tienen una vista agudísima forman un conjunto de tan grandiosa belleza, que parece imposible el formarse una idea concreta y exacta de la misma. Y por eso abren un campo sin término á la imaginación del observador.

La relación de las estrellas con el sol y la luna en sus respectivos movimientos fué uno de los primeros problemas de la astronomía, y se resolvió tras agudas y continuas observaciones, las cuales demostraron cómo la invisibilidad de las mismas durante el día se debía absolutamente al esplendor de la luz del sol. Dícese que esto se demostró en una época muy lejana, observando que desde el fondo de un pozo profundísimo se podían ver las estrellas, aun cuando el sol ilumine el firmamento, y también durante un eclipse total de sol, en el que brillan las estrellas. El hecho, puesto en relación con la posición fija de la estrella polar y con el curso de las circumpolares, estrella que nunca que se ve en la latitud de Grecia, Egipto y Caldea, hace posible la hipótesis que supone que la tierra estaba suspendida en el espacio, y que á una ignorada distancia de la misma,

una esfera cristalina rodaba sobre un eje indicado por la estrella polar, llevando consigo la legión entera de los cuerpos celestes. Tal era la teoría de Anaximandro (540 a. de J. C.), y ese fué el punto de partida de teorías más amplias y completas que continuaron con nuevas formas y modificaciones hasta fines del siglo XVI.

Créese que las primeras nociones astronómicas de los griegos les fueron suministradas por los caldeos, que fueron, al parecer, los primeros observadores sistemáticos de los cuerpos celestes por medio de instrumentos. Dícese también que ellos fueron los primeros en describir el ciclo de diez y ocho años y diez y ocho días, tras el cual el sol y la luna vuelven á su misma posición relativa respecto de la tierra. Quizás los egipcios alcanzaron sus conocimientos de la misma fuente, pues nada prueba que fuesen profundos observadores, y la maravillosa orientación, las proporciones y los ángulos de la Gran Pirámide y sus galerías interiores fueron quizás dibujadas por algún arquitecto caldeo.

La prueba evidente de que la tierra renueva su vida por el sol, del que recibe su luz y calor, explica con claridad el origen de la creencia de que la una no sea sino una dependencia del otro. Pero también la luna ilumina con las estrellas, dando de sí una cantidad de luz, las noches serenas de las regiones orientales donde el clima es más seco y la atmósfera más límpida; comparando á la belleza tranquila con las tinieblas profundas de las noches nubladas, ó cuando la luna no aparece en el horizonte, parece seguro que el conjunto de todos los cuerpos luminosos, sol, luna, estrellas y planetas, no fuesen sino dependientes del sistema terrestre y que existieran sólo para beneficiar á los habitantes de nuestro globo.

Se dice que Empedocles (444 a. J. C.) fué el primero en distinguir los planetas de las estrellas fijas, observando sus particulares movimientos, y que Pitágoras y sus discípulos determinaron el orden de su disposición desde Mercurio hasta Saturno. Pero nada se hizo para explicar los movimientos hasta el siglo pasado. Eudosio de Cnida, contemporáneo de Platón y de Aristóteles, residente algún tiempo en Egipto, donde se hizo docto astrónomo, fué el primero en imaginar un método sistemático suficiente para explicar los movimientos múltiples de los cuerpos celestes con la teoría del movimiento uniforme y circular

alrededor de la tierra, tomada como centro, por medio de una serie de esferas concéntricas; cada cual giraba con diferente velocidad alrededor de un eje propio, y todas juntas alrededor del polar. A la luna, por ejemplo, se le atribuyeron tres esferas: la primera, con eje perpendicular al ecuador, que explicaba el movimiento diurno, esto es, el salir y el ponerse; la segunda, con el eje perpendicular á la eclíptica, con la cual se explicaban las fases mensuales, y la tercera, con el eje inclinado en la misma eclíptica, con la cual se explicaba la inclinación de la órbita lunar respecto de la misma eclíptica.

Del mismo modo, cada uno de los cinco planetas debían tener cuatro esferas: dos con el mismo movimiento que se atribuía á las dos primeras de la luna, otra moviéndose en la eclíptica, á la que se atribuía el movimiento retrógado de los planetas, y, finalmente, una cuarta, con el eje oblícuo á la eclíptica, que era necesaria para explicar el movimiento divergente, debido á la diferente oblicuidad de la órbita de cada planeta respecto á la terrestre.

Tal era el celebrado sistema ptolemáico en su forma más sencilla, que explicaba con gran claridad los movimientos más evidentes de los cuerpos celestes. Pero en el curso de los tiempos, los griegos y los árabes, haciendo observaciones astronómicas más seguras, descubrieron pequeñas divergencias debidas á los diversos grados de excentricidad de las órbitas de la luna y de los planetas y las diferentes velocidades del movimiento, consecuencia de ello. Para explicar esas diferencias se imaginaron unos pequeños círculos girando excéntricamente, los cuales llegaron al número de sesenta, entre esferas, epiciclos y excéntricos, todos necesarios para darse cuenta de los varios movimientos observados con aquellos primitivos é imperfectos instrumentos, y de la velocidad de ellos, determinada por los groseros círculos ecuatoriales que se conocían en aquella remota edad. Y aunque algún filósofo, en diferentes épocas, rechazase este complicado sistema, tratando de dar ideas más verdaderas, la tentativa no tuvo influencia sobre la opinión pública, y menos entre los astrónomos y matemáticos, y el sistema ptolemáico rigió hasta el tiempo de Copérnico y no fué abandonado hasta que las leyes de Kepler y los diálogos de Galileo no obligaron á las inteligencias á adoptar más sencillas é inteligentes teorías

Ahora que estamos acostumbrados á ver claro en los hechos más salientes de la astronomía, y á considerarlos como nociones elementales, es difícil para nosotros representarnos el estado de completa ignorancia que envolvía las naciones más incivilizadas de la antigüedad y en la edad media. Sin embargo, la esferoidad de la tierra fué entrevista desde los primeros tiempos, y mejor establecida y aclarada en los últimos tiempos clásicos.

La primera idea manifiesta sobre la grandeza de nuestro globo nació tan pronto como las observaciones hechas por medio de los instrumentos comenzaron á ser más exactas, y la distancia y el tamaño de la luna fueron medidos con suficiente precisión. El resultado fué demostrar que ella es más pequeña que la tierra. Pero esto señaló el límite de las determinaciones del tamaño y de las distancias astronómicas hasta que se inventó el telescopio. El verdadero grandor del sol y su distancia de nosotros no fué conocido en mucho tiempo; sólo se supo que era mayor y estaba más lejos que la luna. En el siglo anterior á la era cristiana, Pasidonio determinó la circunferencia terrestre, que alcanzaba, según él, 240.000 estadios, esto es, cerca de 286.000 millas. Es maravilloso que pudiera aproximarse tanto á la verdad, teniendo en cuenta la imperfección de los datos que podía disponer. Admitiendo que calculase la distancia del sol, que valuó solamente un tercio menos de lo que es en realidad, fué una afortunada combinación, porque no tenía un modo de medir los ángulos con aproximaciones menor de un grado, mientras para determinar la distancia del sol hacen falta instrumentos que midan con la aproximación de un segundo.

Antes que fuese inventado el telescopio, el tamaño de los planetas era completamente desconocido, y lo más que se podía saber acerca de las estrellas era que estaban muy lejos, y por esto, todo cuanto los antiguos supieron de las dimensiones y de la forma del universo visible, del cual no debe olvidarse, fué tomando la tierra como centro; no debe maravillarnos la cuasi universal creencia de que el universo existiese solamente para la tierra y sus habitantes. En la época clásica se creyó que el cielo era la morada de los dioses, desde donde esparcían sobre los hombres sus dones y sus gracias; y si la era cristiana rechazó esta creencia como insulsa y sin fundamento en ambas edades, se tenía como impío el creer que las estrellas y los plane-

tas no fueron creados solamente para delicia de la humanidad, sino que podían quizás hallarse habitados, y que la inteligencia de los séres que los poblaban podía ser superior á la del hombre. Durante todo el período de que nos ocupamos, ninguno fué tan ardiente en afirmar la existencia de otros mundos habitados como el nuestro, ni en dudar que en el que vivimos no fuese el verdadero centro del universo, existente sólo para nosotros; así es que los descubrimientos de Copérnico, Tycho-Brahe, Keplero y Galileo suscitaron inmensas oposiciones porque vinieron á resucitar la impiedad y la incredulidad. Parece que las nuevas ideas volcaron todo el orden de la naturaleza, hasta entonces aceptado por verdadero, que degradaban al hombre, por un lado, quitándole de su puesto, y por otro, á la tierra, á la que se sospechaba en su posición central hasta entonces.

Alfredo RUSSEL WALLACE

UN SENDERO

Los que en la ciencia ven la esencia y en lo que no es la esencia la ven, se entregan á inútiles aspiraciones y no alcanzarán la verdad.

DHAMMAMPADA.

El estudio de la ciencia sería infructuoso si de él no se sacasen mil provechosas enseñanzas. Cada aspecto ó rama de la ciencia ofrece deducciones importantes en varios sentidos, y todos, si la razón no nos abandona ó la pasión no nos ofusca, llevan á la mente al conocimiento, ó al menos á la deducción del UNO; mas el concepto general de todas las ciencias, ó de la Ciencia, nos evidencia más al UNO.

Cuando se estudia un aspecto de la Ciencia, la química, la historia natural, la psicología... parece como que en la Naturaleza hay una ley especial, y, derivadas de estas otras parciales que sólo rigen para los fenómenos propios de la materia, de la vida ó del espíritu; y que estas leyes son *per se* diferentes á los fenómenos de otra clase y propios de otra ciencia.

Con efecto; de pronto ¿no parecen, no sólo diferentes, pero hasta contrarias y sin relación entre sí las leyes de los fenómenos químicos, por ejemplo, y las del orden moral?

Tal aparente diferencia y falta de relación entre las causas de unos y otros fenómenos, es lo que origina la común creencia de que los fenómenos de la materia se efectúan por leyes fijas, inmutables, mecánicas, sin intervención consciente ó, digámoslo mejor, providencial, y los sucesos de orden psíquico y moral son más bien debidos á la constante intervención de un sér inteligente, providente, de un Dios antropístico.

Como quiera que el materialismo no admite más que la Naturaleza material, pues aun los hechos de orden psíquicos, como los afectivos, intelectuales y morales, les conceptúa originados directamente de la estructura y componentes materiales de la persona, claro es que desecha el providencialismo y sólo admite el mecanismo ciego é inconsciente.

Pero al modo que un individuo que se halla en un hermoso y variado valle, y examina sucesivamente los manantiales, los jardines, las huertas, los prados, los animales... encontrándolo todo diferente entre sí, y á medida que asciende á la próxima montaña, va comprendiendo la armonía y relación que todo guarda, y que aquella fauna y aquella flora son las propias de la naturaleza de aquel suelo y de la posición topográfica de aquel valle, así también cuando del estudio parcial de las ciencias pasamos al estudio de conjunto, entonces observamos que va desapareciendo en todos los elementos y manifestaciones de la Naturaleza. Aquella diferencia y falta de relación entre sí hasta llegar á la inducción de que todo es Uno en esencia, y vario al infinito en manifestación.

Veámoslo: Por lo que toca al plano material que el hombre conoce, comenzando por la materia más densa, más compacta, más bruta, más *material,* como el pedernal ó el hierro, siguiendo á lo menos resisten más blanda á la de estado líquido, como el agua, y después á aquella otra que ya no nos parece materia, porque ya no la vemos, ni la palpamos, como los gases, y, por último, á la ya casi inmaterial, como la radiante, se sabe con certeza evidente que toda es esencialmente una y la misma más diferenciada entre si por los caracteres que, por varias causas, ha ido fijando particularmente, y que todo se rige por una ley, la atracción.

Si, de otra parte, se aprecian en conjunto las diferentes energías que actúan en la Naturaleza, no puede menos de llamarnos la atención el hecho de que á pesar de su variedad en los

modos de manifestarse, como sonido, calor, luz, electricidad, magnetismo... son idénticas en esencia, pues todas no son otra cosa que un número mayor ó menor de vibraciones en una unidad de tiempo, al punto de que la idea energía es sinónima de vibración. Las fuerzas conocidas, como las aún desconocidas, se transforman unas en otras en cuanto aumente ó desminuya en número é intensidad su movimiento vibratorio; de suerte que llegamos á la deducción de que la energía, como la materia, es una en esencia y varía en sus manifestaciones, y que se rige por una ley, la atracción.

Á idéntica conclusión llega la inteligencia cuando abarca en conjunto otra de las expresiones de la Naturaleza: la vida. ¡Qué distancia, qué diferencia tan grande entre el modo de ser y de manifestarse la vida en el mineral, en la flor, en el árbol, en el reptil, en el molusco, en el pez, en el ave, en el cuadrúpedo y en el hombre! Y no obstante, la vida es esencialmente la misma en todos. El origen y ciclo evolutivo son los mismos para todos; un punto, una célula germinativa y generatriz que nace, crece, se reproduce y muere. Y á toda la vida presidiendo una ley: la fuerza vital y evolucionando á través de todas las formas.

Veamos, por último, la más elevada expresión de la Naturaleza: la psiquis, el elemento espiritual. También aquí encontramos una variedad infinita de manifestaciones gradativas, entre la más sencilla sensación de dolor, que obliga al sér rudimentario á contraerse para evitarla, iniciándose entonces en él otra nueva manifestación, y la más elevada manifestación de la inteligencia, ó el más sublime acto de altruismo. Y en medio de esta maravillosa gama de manifestaciones del espíritu á través de todos los séres de la tierra, aparece la identidad de su origen en la Mónada espiritual evolucionado al par de la vida orgánica, evolución en la cual va desenvolviendo y fijando en sí funciones y facultades que ya potencialmente tiene en su Origen, y merced á las que el espíritu va especializándose y diferenciándose de las demás, y adquiere poco á poco individualidad y personalidad propias. El espíritu es, pues, uno é idéntico en su origen, y una la ley que preside á su desarrollo, el progreso...

Si sintetizando más tratamos de ver la relación y dependencia que entre sí tienen la materia, la energía, la vida y la psiquis, á poco que reflexionemos, apreciamos que esta relación y dependencia son íntimas. La energía obra sobre la ma-

teria y la modifica en sus modos de manifestarse; la vida dispone de la energía y de la materia, y la psiquis de la vida, de la energía y de la materia. Pero á su vez, la materia ofrece resistencia á las energías y las modifica; aquéllas y éstas actúan sobre la vida influenciándola en su desarrollo, y todas sobre el espíritu facilitando ó entorpeciendo su evolución.

Apurando más el asunto, encontramos que si los varios estados de la materia no son en sí más que diferentes grados de cohexión, las varias fuerzas diferentes grados de vibración, las varias formas de vida y las varias fases del espíritu diferentes grados de desarrollo, pero cada una de ellas lo es en gradación indefinida, cuyo principio se halla confundido con el fin de la gradación precedente inferior, y cuyo fin con el principio de la gradación superior, confundiéndose unas en otras, también es difícil señalar donde empiezan y donde terminan los planes material, fluídico, vital y espiritual, á tal punto que, sin dificultad, les concebimos formando una unidad: la Naturaleza, el Todo Uno.

Igual Unidad encontramos en las leyes que regulan los diferentes planos del Universo. Lo que es atracción para la materia se traduce en vibración en las fuerzas, asimilación en la vida y afinidad ó simpatía en las almas; diferentes grados ó aspectos de una ley, Amor.

Cuando para juzgar ó formarnos el concepto de la Ley y *modus operandi* de la Naturaleza lo hacemos con un criterio restringido, comprendiendo por Naturaleza los planos físico, fluídico y vital, se induce con facilidad que todo obedece á leyes ciegas, fatales, inconscientes. Por eso no es extraño que gran parte del mundo ilustrado (1) sea materialista. En cambio cuando se estudia la Naturaleza en otros aspectos, el social, histórico y espiritual, y se observa la admirable armonía que en todo preside, la sanción que en todo se cumple, la ley de libertad en el individuo, la Kármica en el individuo y en las sociedades, y abarcando á todas y manifestándose en todo la de Amor, la razón se inclina á la concepción de un Espíritu providente que interviene en todos y cada uno de los hechos que

(1) Especialmente aquellos que se consagran exclusivamente al estudio de las ciencias físicas y naturales.

acaecen. Por esto también que otra gran parte del mundo ilustrado (1) sea sinceramente providencialista.

Y ved aquí dos escuelas nacidas del estudio de la Naturaleza, y, sin embargo, ambas contrarias. Mas en nuestra modesta opinión, las dos son deficientes, incompletas, pues ninguna de las dos en sus deducciones han tenido presente todos los planos de la Naturaleza.

Desechamos por incompleto y deficiente el concepto materialista de considerar al Todo como una máquina compuesta de infinitas piezas movidas exclusivamente por fuerzas mecánicas é inconscientes, porque de este concepto están excluídos el plano afectivo, el mental y el espiritual, en los que intervienen leyes de otro carácter como el ético, el consciente, el mental.

Desechamos asimismo por deficiente é incompleto el general concepto providencialista, según el cual Dios es un espíritu adornado al infinito de todas las cualidades propias del ego personal, afectividad, volición, intelectualidad, etc., que crea y gobierna el Universo, pues juzgamos que las escuelas deistas más ó menos antropísticas al personificar á Dios le limitan, dejando de ser lo Absoluto, el Todo, el Uno.

Para ir aproximándonos á la Verdad en el concepto del Todo preciso es que no veamos sólo en el universo sideral, en el plano material al Todo, sino una exteriorización, una manifestación, una fase suya, y que tengamos presente que hay otros planos, otras manifestaciones, otras fases del Todo que se necesitan, que se influencia y que todas concurren á la Variedad infinita en la Unidad armónica.

Abarcando hasta donde es posible á la limitada mente todos los conceptos parciales de las ciencias, tanto las fisiconaturales como las psíquicas y morales, surge en la inteligencia, á modo de foco luminoso interno, un nuevo y más amplio concepto que todo lo comprende y que todo lo esclarece.

La deducción á que nos ha conducido la Ciencia es la afirmación del Todo-Uno, Dios, que por la potencialidad de su esencia se manifiesta y exterioriza (involución) en la eternidad del tiempo y en lo ilimitado del espacio, fijando gradualmente caracteres, modos de ser particulares (su credo, formas, organi-

(1) Especialmente aquellos que se dedican al estudio de las ciencias morales y políticas.

zaciones, vidas, egos...) los cuales á su vez desarrollan la potencialidad de su esencia (evolución), adquiriendo caracteres de más en más especializados. La potencialidad de la Esencia al manifestarse tanto en la materia, como en las formas, como en los egos, es lo que llamamos Ley, y nos parece ciega, fatal, inconsciente cuando se desenvuelve en la materia, y consciente, afectiva, moral cuando tiene lugar en el plano psiquico y espiritual: mas una y otra son la misma Una é Inmutable.

En este superior concepto, dentro del Todo-Uno, de Dios, de lo Absoluto, de lo Infinito, de lo Eterno, de lo Íntegro, de lo Perfecto, de la Belleza, de la Bondad, de la Verdad, *Omué et*, Unideismo... encontramos lo parcial, lo vario, lo finito, lo transitorio, lo perfectible, lo bello, lo bueno, lo verdadero relativos...

E. GARCÍA GONZALO

División de la Doctrina Cristiana.

I

La religión es la ciencia de Dios, y como en Dios está el principio y el fin sin término, sin interrupción, lo que implica lo Absoluto; como de Dios procede lo infinitamente grande y lo infinitamente pequeño, que forma lo inextenso; lo presente, lo pasado y lo venidero, que entraña la eternidad; resulta por tales condiciones de absoluto, inextenso y eterno de gran verdad, el adagio vulgar «Dios está en todas partes».

Pero ciencia tan profunda no es susceptible de término á plazo dado, ni de maestro exclusivo y único. La ciencia de Dios es inacabable; comprende todas las teorías posibles y las prácticas hacederas; su colegio es la inmensidad del espacio, sus fórmulas las leyes del Universo y sus prácticas la realidad de las vidas en todos los séres y en todos los lugares.

Cada hombre, cada animal, planta ó substancia, cada cuerpo, átomo ó impulsorio, es un alumno que cursa las materias que son propias, las leyes que le conciernen y las funciones que les incumbe; materias, leyes y funciones que varían con la aptitud

que en cada caso le permite la organización física y suplementaria, avanzando el principio permanente en suma de experiencias, en facultades de manifestaciones, que dan lugar á nuevos progresos en todos los órdenes del organismo, cuya aspiración es, en suma, la simplicidad hasta su orden primordial y más esencial, orden en el que se encuentra toda realidad, todo progreso y toda evolución.

II

El niño á quien desde su más tierna edad se le plantean é ingieren los más enigmáticos conceptos ó incomprensibles suposiciones, con la agravante de abusar de su más impresionable memoria para esculpir en su mente de modo imborrable ideas determinadas, no muy selectas á veces y nunca bien depuradas, se le hace sufrir un acto de sugestión de las más activas y transcendentales; por lo que es digno de atención y estudio más detenido la clase de conocimiento mejor apropiado con que debiera iniciarse al futuro ciudadano de toda sociedad civilizada y altruista, cualidades á que tiende la evolución á pasos agigantados.

Las condiciones más apropiadas para poder producir la sugestión extranormal se encuentran todas en el niño, hasta la edad en que sobreviene el raciocinio más independiente; el sujeto en cuestión se encuentra bajo el ascendiente de sus padres, maestros ó tutores, y á más su voluntad es completamente nula para imponerse á aquéllos, resultando por ello su juicio en un estado de completa pasividad y asintiendo en toda idea que se le sugiera; de donde se sigue que á no sobrevenir causa que produzca acción contraria, y si persiste la idea ya sugerida, puede terminar por la total más ciega y absoluta sugestión.

En el orden de las creencias religiosas como en el de los idiomas, modismos, etc., no se suele dejar al sujeto libertad alguna de acción, sino que cada sociedad particular, familia ó ascendiente, imprime á sus descendientes la creencia que le place; á más, no sólo le veda el conocimiento de las distintas á la elegida, sino que á cada una de aquéllas las satura de las ideas más equívocas y antirracionales.

Cada religión se considera á sí sola como la única emanada del Altísimo y á la vez considera á los demás en el error. ¿Cómo

es posible acertar con la verdadera y más pura, si se tiene en cuenta que todas ellas se consideran emanadas del mismo punto, persiguen un mismo objetivo durante la vida terrena y aspiran á un mismo destino ulterior?

Pero si nos fijamos en la diversidad de idiomas cuyas raíces difieren como su estructura y modulación, y en que nadie puede dudar hoy de la posibilidad de emprender la tentativa de su reducción á un solo idioma el que mediante un tiempo más ó menos prolongado llegue á convertirse en idioma universal, y admitiendo que puedan poseerlo, si no todos, la mayoría de los hombres, al fin estos últimos gozarán de la facultad de darse á comprender y entender al mismo tiempo á todos sus semejantes sin distinción de raza ni nacionalidad.

Y si el idioma universal ya se abordó con resultados positivos y prácticos que no dejan lugar á otra oposición que la que provenga de los particulares de su reforma con tendencias á mayor perfección y facilidad de adaptación, ¿qué podemos decir respecto á la diversidad de religiones que separan al género humano, separación que acarreó y aun acarrea perjuicios cuantiosos y profundos en todos los órdenes, en el moral, en el de las ideas, en el del progreso, cuya marcha paraliza, y hasta en el puramente material por reflejarse en ella toda impresión habida en aquéllos, como lo demuestra el que la nunca terminada ni atenuada lucha mental sostenida entre las diversas creencias originaron ríos de sangre, de lágrimas y martirios ó crímenes sin cuento?

¿No es dado esperar que algún día convengan los hombres en que no hay más Naturaleza que la que observan y los constituyen á ellos mismos, cuyas leyes, tanto físicas como psíquicas, están siempre en acción y siempre inmutables para que las observe y las conozca, pudiendo por tal conocimiento irse identificando con la obra, único eslabón que los une con el Autor, eslabón que también le sirve de velo el que sólo se hace transparente por el análisis más acabado y perfecto?

La Religión de la Sabiduría que implica la Verdad Una, ha de ser la que una á los hombres en fraternal é indestructible abrazo que transcienda á todos los órdenes del Universo, desde los más recónditos centros del planeta hasta las más elevadas regiones que bordean el espacio, abrazo que será la expresión del Amor más puro ferviente hacia todo lo existente, que emana

*

de Dios y comprende á Dios mismo, si hemos de considerarlo existiendo.

Pero no es ya una aspiración irrealizable la dicha Religión ni ensayo á prueba; la Institución, ya en función en toda la redondez de la tierra, es continuación de la misma que en todo tiempo ha existido, pero replegando ó velándose tantas veces como lo ha exigido la ignorancia y malevolencia de los hombres.

El estado actual de la sociedad permite por la independencia que ha logrado el pensamiento y la libertad de creencia conseguida; y aún exige por el carácter alarmante y pernicioso que ha adquirido su pretendido saber, encauzar por senderos de verdad y de redención la corriente que origina la fuerza impulsiva hacia su destino.

Por ello y por previsión Divina, surgió un apóstol á cuyo torno se agrupan los hombres de buena voluntad para profesar el dogma único que abraza todos los dogmas: «No hay religión más elevada que la verdad», y practicar el rito de la Fraternidad Universal más amplia y progresiva; el del estudio de todas las religiones, literaturas, ciencias de todos los tiempos, investigar todo fenómeno y ley inesplicables y todo poder psíquico latente en el hombre.

Tal plantel nos coloca en disposición de abrazar todo orden de ideas, toda creencia, todo partido, toda escuela, las que subordina al poder analizador de la inteligencia; don divino que nos pone en relación consciente con todos los demás órdenes visibles y ocultos del Universo.

Cuando las sociedades logran irse despojando del necio espíritu de intransigencia que las convierten en orda de bestias felinas; cuando conozca que el don de la Razón le ha sido conferido para analizar, comprobar y adelantar en su saber, que es origen de todo bien, siempre suceptible de dilatación; entonces y sólo entonces, será cuando hallará el método de enseñar á sus hijos, librándolos de prejuicios nocivos, cuando no contraproducentes á la más recta y clara percepción de la Verdad y el Bien, y tendentes á la más universal fraternidad que implica la Virtud real y más perfecta.

JOSÉ ROJIDO MOREIRA

(Se concluirá).

MOVIMIENTO TEOSÓFICO

Nueva rama. Desde primero de año ha empezado á funcionar en Barcelona la nueva rama *Arjuna* que se ha constituído en la siguiente forma: Presidente, Carmen Mateos; Secretario, Rosa Mérida, y Administrador, Ramón Maynadé.

Deseamos toda suerte de prosperidad y adelanto á nuestros queridos hermanos y amigos.

La rama Barcelona. El resultado de las elecciones para la nueva Junta directiva en la Rama *Barcelona* ha sido el siguiente: Presidente, José Granés; Vicepresidente, Felipe Mesanar; Secretario, Francisco Barés; Tesorero, Francisco Romera; Bibliotecario, Pedro Crusat.

Igualmente deseamos á nuestros queridos hermanos y amigos toda suerte de prosperidades y adelantos.

Dos nuevas ramas. La Sección Cubana de la Sociedad Teosófica se ha aumentado con dos nuevas ramas: la rama *Aryabarta*, en Monterrey (México), cuyo Presidente y Secretario son, respectivamente, D. Cecilio Villarreal y D. Félix Pérez, debiendo remitirse toda la correspondencia al domicilio del Secretario, Avenida B. Juárez, 65, Monterrey. N.—L. México.

La otra, rama *Humildad,* en Maffo, Jiguaní, de la cual es Presidente D. Casiano García Reus y Secretario D. José Pablo Sierra.

Elección. El próximo Marzo, en su tercer domingo, se reunirá la Asamblea general de la Sección francesa de la Sociedad Teosófica, para la elección de Secretario general.

El 3 y el 7. Con motivo de la estancia de nuestro Presidente el Sr. J. X. en la capital de Guipúzcoa, nos escribe nues-

tro querido hermano J. S. P. lo siguiente, que puede servir como nota instructiva para las indagaciones ocultistas:

«Repetidas veces hemos visto en la prensa, y aun en esta Revista, la influencia que los números han ejercido en la vida de tal ó cual personaje conocido, y como continuación á esos escritos encamino el presente que considero digno de ser tenido en cuenta por la repetida manifestación de unos mismos números en el corto tiempo que el Sr. X. permaneció en esta ciudad. ¡Sólo un día! 3 × 7 + 3 horas.

Ha podido muy bien ocurrir que las manifestaciones observadas sean hijas del deseo de las personas que le rodeaban, no afectando en lo más mínimo á tan ilustre huésped, pero también es verosímil que los que no abandonan á los hombres rodeasen de esos medios de manifestación á un designado.

De todos modos el hecho merece ser conocido, tanto para los que siguen en la casualidad, como para los observadores que, con los actuales datos, pueden confirmar algunas de las anotaciones que llevan hechas.

El Sr. X. salió de Madrid el 7 en el tren núm. 7 (sud-expreso) compuesto de 3 coches de lujo, que con la locomotora, tender y los furgones de cola y cabeza suman 7 unidades.

Dicho tren llega á San Sebastián á las 7 + 3 horas menos 7 minutos.

En la estación fué recibido por 3 de los miembros que constituyen el grupo de estudios teosóficos en ésta.

El grupo lo formaron 7 estudiantes de los que 3 son esperantistas y algunos de ellos pertenecen al Regimiento de línea número 7.

Uno de éstos, por encontrarse de guardia, se vió privado de tomar parte en la reunión que se celebró en el mismo día de llegar el Sr. X., y con tal motivo los reunidos fuímos 7, levantándose lo que pudiéramos llamar sesión á las 7 de la tarde.

A despedirle fuímos 3, no obstante el empeño que por su parte puso otro miembro en bajar á la estación. El tren sud-expreso se detuvo los 7 minutos que tiene señalados de parada, y salió á las 7 + 3 horas en punto.

Esto en cuanto á lo que pudiéramos llamar actos oficiales. En el orden semiprivado se manifestó con insistencia también el 3 y el 7.

El comedor tiene 3 puertas, y á la mesa nos sentamos cua-

tro, participando de la comida la dueña de la casa, su criada y una doncella, en junto 7.

En la mesa hubo 3 Presidentes: el obsequiado, Presidente de la Rama de Madrid; el Presidente del Club de Esperanto de Guipúzcoa, y el Presidente del grupo de San Sebastián. Su colocación, que fué improvisada y sin tener en cuenta que hubiese uno ó más Presidentes en los reunidos, resultó un verdadero triángulo; presidía la mesa el Sr. X., teniendo á su derecha al que estas líneas escribe, único M. S. T. en esta localidad, y á su izquierda al Presidente esperantista.

En la comida hubo 7 servicios y se hizo uso de 7 copas. En 3 servicios que recuerde, se presentaron 7 unidades en cada uno de ellos.

La cena tuvo lugar 7 horas después, componiéndose de 3 platos y cuatro postres, ó sean 7 cosas, y en ellas se emplearon 3 copas.

Hubo otros detalles que por pueriles y de carácter privado paso por alto, sin embargo, me creo obligado á referir uno como testimonio de la persistencia de los números cabalísticos.

Una vez en la estación el Sr. X., se acordó que había dejado sobre la mesa de su cuarto un puñado de calderilla; contada ésta, sumaba una peseta cinco céntimos, ó sean 3×7 monedas.

Tales son las observaciones que hice después de haberse marchado mi muy amado amigo, observaciones que un profano llamaría coincidencias ó sospecharía en mi intervención más ó menos directa. Muy lejos de eso; bajo mi palabra honrada sostengo que, como prueba de cariño, cedí mi sitio en la mesa al Sr. X., y que aparte esto, en nada absolutamente he influído para que los servicios, manjares, etc., etc., fuesen 3 ó 7, y puedo también afirmar que la dueña de la casa tampoco intervino para que en el peso de sus compras entraran ó no 7 unidades. Como tampoco he influído en que fuesen 3 ó más á la estación á recibir y á despedir al Sr. X., los que no asistieron, no obstante desearlo, fué porque materialmente no pudieron á causa de sus ocupaciones, y hasta hubo quien permutó el servicio que á esa hora tenía, y bien á pesar suyo, poderes invisibles no le permitieron asistir. Era preciso que un triángulo le recibiera y que otro le despidiera, conservándose de este modo, hasta el último momento, la manifestación del 3 y del 7.

Ignoro en realidad todo el alcance de esta repetida manifes-

tación, que ardientemente deseara ver explicada por aquellos miembros de la Sociedad dedicados al ocultismo. Los conocimientos que expusieran serían valiosas enseñanzas para todos y especialmente para los que, como yo, á duras penas si empiezan á deletrear en esa rama del saber. Así, pues, ruego encarecidamente á los iniciados que bien en esta Revista, si en ello no hay peligros de divulgación, ó bien privadamente, se sirvan aclararme el enigma que no concluyo de descifrar. La merced que por este motivo recibiera sería grandísima y mi agradecimiento profundo.»

J. S. P.

San Sebastiana Esperantista. Grupo Teosofista.

Oni invitas ciujn espantistojn teosofistajn, korespondadi esperante pri aferoj rilatantaj al nia scienco, kaj ni ankau pro ponas traduki chiujn teosofistajn artikolojn de fremdaj samideanoj, por ilin publikigi en la hispana revuo *Sophia*. Ni proponas niau kunlaboradon en samespecaj fremdaj revuoj.

Grupo esperantista teosófico de San Sebastián.

Se invita á todos los teósofos esperantistas á corresponder en Esperanto sobre asuntos relacionados con nuestra Ciencia, y también nos ofrecemos á traducir al español todos los artículos de extranjeros que se nos remitan en esperanto para publicarlos en nuestra Sophia. Colaboraremos del mismo modo en revistas extranjeras de la misma especie.

BIBLIOGRAFÍA

Dette fatale. —Novela por Lionel Dalsace. -Librairie académique Perrin et Cie. Editeurs.—35, Quai des Grands Augustins, París, 1908.—300 pág. in 16. Precio: 3.50 francos.

Nuestra distinguida y muy querida hermana Mad. Ainée Blech, Presidente de la Rama *l'Essort*, conocida en el mundo literario con el pseudónimo *Lionel Dalsace*, acaba de enriquecer la literatura teosófica francesa con una producción en forma de novela, que titula *Dette fatale*. Léese en la portada, como enunciado del tema, la frase de Em. Barrault: «Nous avons été, nous sommes, nous serons... Chacun se fait sa destinée... Si nous avons failli, nous devierons jour nous relever,» y es, en realidad de verdad, una exposición ingeniosa é interesante del *Karma*.

Idea felicísima ha sido la concebida por nuestra ilustre hermana—y que demuestra una vez más la brillantez de su imaginación—, la de adoptar la forma de novela para exponer y propagar el principio de la reencarnación. Es un acierto, una profunda observación humana, interesar el corazón, entretener el espíritu y deleitarlo por medio de una novela emocionante, cuyo fondo y cuya finalidad es dar á conocer y desarrollar una tésis tanscendental, cual lo son todas las que informan la ciencia teosófica.

Dette fatale, es una joya de la literatura teosófica; su ilustre autora, madame Ainée Blech, merece la gratitud de todos sus hermanos, pues sin duda alguna su obra tendrá una gran resonancia y con ella una fecunda propaganda el teosofismo en el mundo intelectual.

X ***

Transactions of The Third annual Congress of the Federation of the european sections of the Theosophical Sociéty.

Este magnífico volumen, inserta la mayor parte de los trabajos que, no publicados por sus autores, se presentaron al III Congreso de la Federación Europea de las Secciones de la Sociedad Teosófica.

Se incluyen en él el innolvidable discurso de apertura del Presidente Olcott; el estudio sobre *Una Nueva Religión*, de Isabel Severs; el interesante trabajo de Ed. E. Long, sobre *Un aspecto del Islam;* el estudio de Caballini, sobre *La felicidad debida al desarrollo de la virtud social;* el excelente trabajo del Sr. Roso de Luna, sobre *La concordia entre la astronomía occidental y oriental*, y el magnífico estudio sobre las *Energías Rítmicas*, de F. Bligh Bond.

Enumerar todos los trabajos, sería la mejor manera de recomendarlos, y no hemos de insistir en la importancia y utilidad de esta obra para los estudiantes teosofistas; baste saber que este tomo, como los que le han precedido, constituyen un cuerpo de doctrina y de enseñanza que no puede encontrarse fácilmente.

La obra está editada con la elegancia y solidez proverbial en el Consejo de la Federación.

Mariano Ruth Sinué.—*Elementos de una Nueva Ciencia*.—Barcelona.—Carbonell y Esteban, editores.

De este libro podía decirse lo que aseguraba del suyo Miguel Montana: es un libro de buena fe. Pero es más, es un libro de buena ciencia, un libro en el que tras la adquisición de la verdad no hay ni cansancio ni tedio, sino un gran alivio y un nuevo aliento para continuar en la vida.

L.

El hipnotizador práctico, por Octavio Pelletier.— 2.ª edición, 0,50 pesetas.—Biblioteca de «La Irradiación».—Madrid, Plaza de San Martín, 3.

Este librito es fruto del estudio de los fenómenos hipnóticos por el autor durante su larga permanencia en Alemania, en donde, más que en cualquier otro país, han sabido unir el hipnotismo con la terapéutica, es decir, con la ciencia médica.

No debe atribuirse al hipnotismo propiedades sobrenaturales considerando el hipnotizador como á un ser dotado de una fuerza oculta que le permite domir á tal ó cual persona que se le antoja, y de proceder en seguida misteriosamente sobre la voluntad del sujeto hipnotizado.

Se describen con concisión y claridad en este verdadero Manual de hipnotización los diversos métodos empleados para producir el sueño artificial, los diferentes grados del sueño hipnótico, la somnolencia, la catalepsia, el drehanatomismo, etc., citándose curiosos ejemplos prácticos.

H.

Artes Gráficas. J. Palacios, Arenal, 27.